

## El Rvdmo. DeDe Duncan-Probe

Diócesis de Central New York

+++

En este momento en la Iglesia Episcopal, las imágenes bíblicas que me hablan, en especial a medida que discernimos quién será nuestro próximo obispo presidente, son las de Juan 4 y 5. El encuentro de Jesús con la mujer en el pozo. Una mujer que ha sufrido y que forma parte de la diáspora, acude al pozo en busca de agua, una fuente de vida, y se encuentra con Jesús, la fuente última de vida.

Al leer este pasaje en griego, podemos percibir su curiosidad, sus preguntas a Jesús, su corazón inquisitivo y su deseo de conocer y comprender. Luego, cuando comprende, deja su jarra de alabastro y va a su aldea a proclamar que ha encontrado a un hombre que se lo ha dicho todo. No crees que pueda ser el Mesías, ¿verdad? La gente llega a creer basándose únicamente en su testimonio, en su auténtica curiosidad, en su búsqueda, en su comprensión de que Dios ha salido a su encuentro en un lugar inesperado. Creo que, como la mujer, nosotros también buscamos conocer a Dios, refrescarnos y tener la oportunidad de ser conocidos y proclamar que Dios nos ama, nos llama y nos empodera.

En la Iglesia Episcopal creo que estamos preparados para una nueva visión y nuevos encuentros con Jesús resucitado. Creo que tenemos hambre de justicia, de dignidad, de escucharnos unos a otros para tener relaciones profundas que nos transformen. Cuando la mujer va a su pueblo y cuenta que ha conocido a un hombre que se lo ha dicho todo, la gente llega a la fe basándose sólo en su testimonio. Imaginen eso. Llegan a creer que ha conocido al Mesías por cómo ha sido transformada. Creo que nosotros también buscamos una transformación de esperanza, paz y encarnación. Estamos buscando discernir el próximo llamado de Dios para nosotros. Creo que Dios aparecerá en los lugares menos esperados. Dios nos llamará y nos encontrará donde estemos con una invitación, con dignidad y con empoderamiento.

Cuando la gente regresa y se encuentra con Jesús, ellos también tienen un testimonio profético para el mundo. Todos estamos llamados a conocer a Jesús, a amarlo y proclamarlo. En este pasaje, encontramos una gran esperanza para nosotros: no importa si sentimos que estamos fuera de lugar, Dios tiene un llamado para nosotros. Dios nos ama.

Ante el encuentro con el Mesías, la mujer deja atrás esa jarra de alabastro, posiblemente creada con sus propias manos con el fin de obtener agua para refrescarse. ¿Cuál es nuestra jarra de alabastro? ¿Qué tenemos que dejar atrás como Iglesia que ya no es relevante para nuestro mensaje y nuestro testimonio profético? En este tiempo de encuentro con Jesús, se nos invita a una profunda relación de encarnación, una relación con Dios dentro de nosotros y entre nosotros.

Éste es un momento emocionante en la Iglesia Episcopal porque tenemos un testimonio que ofrecer a un mundo muy quebrantado por la deshumanización, la injusticia y el cambio climático. El agua y su naturaleza esencial ocupan un lugar muy importante en este pasaje. Todos juntos formamos parte de la proclamación de la gracia, la encarnación y el testimonio de Dios. Todos estamos llamados a cultivar la curiosidad, a hablar con Dios y con nuestros semejantes, a buscar y servir a Cristo en todas las personas. Debemos vivir nuestro pacto bautismal de manera auténtica, creativa, siempre renovada. En este tiempo, podemos seguir el testimonio de la mujer samaritana, que conoció a un hombre que le contó todo, alguien que la invitó, la amó y la llamó. Nosotros también somos amados. Nosotros también somos llamados y debemos salir y proclamar a Jesús a este mundo tan necesitado.